



Resultados (siempre) inesperados de una lectura

“La lectura es un refugio,” nos dice Michele Pètit en **El arte de la lectura en tiempos de crisis**. Efectivamente, los que somos afortunados conocemos la experiencia de ser acunados, mecidos por una voz, acompañados o consolados por un libro. También es cierto que podemos experimentar incomodidad, grandes cuestionamientos y la posibilidad de pensarnos a nosotros mismos de manera diferente, a través de las palabras de un libro. Y esa es una experiencia compartida por grandes y chicos. Pero, ¿quién encuentra qué? Ese es un misterio y una alquimia entre el lector y el autor, una alquimia de la que podemos percibir solamente el esbozo de un mapa.

Me viene a la mente la expresión de una pequeña – la llamaremos Carlota– en el espacio terapéutico, al encontrar a **Olivia**, de Ian Falconer, y descubrir que la cerdita podía ser tan “niña”.

–¿A qué te refieres? –pregunté.

–A que se le olvidan las cosas, deja todo tirado, inventa cosas y que se puede probar toda la ropa...

“ Los caminos por los que cada uno va encontrando **sentido entre las líneas de un libro** son personalísimos y peculiares.”

-¿Y tú? ¿Qué tan niña eres?

-No sé. Mi mamá... ella sí que es muy niña.

Y ahí se inauguró la posibilidad de hablar de su experiencia con una madre joven y con problemas de alcohol. Sesiones donde la niña frecuentemente colocaba el libro debajo de su suéter, creando una especie de escudo.

Olivia y la niña formaron un pacto duradero. En algunas ocasiones, el libro era castigado; y en otras, absorbido con todos los sentidos. Olivia le prestó imágenes, y Carlota exprimió el sentido, y le agregó palabras al texto breve y elocuente del libro.

Anotamos en hojitas anexas las demás cosas que según Carlota podría decir Olivia.

-Es que dice mentiras porque no le gusta ser chica –concluye Carlota. Y se ríe mientras confiesa un cuento que les dice a sus amigas: que su padre es

piloto y que está en Singapur. Lo dice silabeando, Sin-ga-pur, porque suena importante y porque sus compañeras no saben dónde es.

Poco a poco, Carlota modificó su lectura de Olivia: una vez cumplida la función terapéutica del libro, la niña empezó a reír de las ocurrencias de tan sabroso personaje.

Y es que los caminos por los que cada uno va encontrando sentido entre las líneas de un libro son personalísimos y peculiares. Un laberinto donde el libro presta destellos ahí donde no había palabras. Quizás para nosotros, Olivia representa justamente una infancia deliciosa y despreocupada; y para Carlota, fue la oportunidad de encontrar un alfabeto para nombrar lo que le sucedía.

La lectura es un refugio, un espacio donde reencontrarnos, recuperarnos, reconstruirnos y, aprovechando las erres, reírnos. Gracias Olivia, gracias Carlota. ■